

ernos mensuales de 64 páginas. En ella aparecen los actos oficiales del Colegio, se publican los estudios científicos y literarios de los catedráticos y los ensayos de los alumnos más aprovechados, brindando a los estudiantes sana lectura, y dejando consignados todos los datos para la historia del Colegio. La REVISTA ha merecido la estimación y los elogios de muchas personas distinguidas de dentro y fuera de Colombia.

Cualesquiera otros datos que el señor Ministro desee sobre la marcha del Instituto, le serán proporcionados con la mejor voluntad, y será motivo de satisfacción para los superiores y alumnos el que se digne el señor Ministro, cuando lo crea oportuno, visitar el Colegio, como autorizado representante del señor Patrono, y hacernos las indicaciones que juzgue convenientes.

Debo, en justicia, tributar voto de aplauso al señor Vicerrector, a los catedráticos y demás superiores del Claustro. Todos han cumplido con su deber, han dado vivas muestras de su amor al Colegio, y son acreedores a la gratitud de los alumnos, de los padres de familia y de los amantes de la educación pública cristiana.

Dios guarde a Vuestra Señoría,

R. M. CARRASQUILLA

Presbítero

HOMENAJE DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

A DON RAFAEL POMBO

La Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española, en junta ordinaria de 9 de Mayo, acordó por unanimidad lo que sigue :

La Academia Colombiana registra, con profundo dolor, en el acta de este día, la muerte de su individuo de número y Secretario perpetuo, señor don RAFAEL POMBO ; con-

ceptúa la Academia que este fallecimiento es motivo de duelo, no sólo para ella, sino para las letras castellanas y para la patria, que ha perdido al más excelso de sus poetas, al cantor de sus costumbres y sus glorias, tan popular y al propio tiempo tan profundo, fácil cuanto atildado, natural a par de castizo y opulento; al más perspicaz de sus críticos, al delicioso prosador, al hijo amante que celebró todas sus grandezas y lloró todos sus infortunios, al cariñoso Mecenas de los jóvenes, al hombre bueno y cristiano, compadecido de toda humana miseria.

La Academia comisionará a uno de sus socios para que escriba un elogio fúnebre de POMBO, que se leerá en junta pública y se dará a la estampa en el Anuario de la Corporación.

DON RAFAEL POMBO

(NOTA LITERARIA)

Harto difícil es escribir en estos momentos algo digno de la memoria del ilustre poeta cuyas cenizas están calientes aún, máxime cuando escritores altos y bajos, de todas las denominaciones y de todas las escuelas, han acudido a rendir sincero tributo de admiración a este hijo predilecto de las musas. Entre los homenajes que le han prodigado la prensa, las academias científicas y literarias, los enamorados de las bellas artes, y, en fin, los numerosos amantes del *gay saber*, hay trabajos que son obras maestras; pero esto no empece para que la facultad de filosofía y letras de este Colegio Mayor, tribute también al poeta laureado, en esta REVISTA, algunas humildes líneas, siquiera sea por medio del menos autorizado de sus miembros.

La dilatada y desesperante agonía del poeta fue a la vez pavorosa agonía para los que aquí han aspirado a subir la pendiente de la rosada colina del Parnaso; y de pie unos en su base, mirando hacia la cumbre; anhelantes otros en la mitad de la ruta, muy pocos serán los que puedan

sentarse al lado del vate, cuya muerte lamentamos, en las cimas brillantes en donde sonó su lira soñadora y creyente.

La vida y la obra de POMBO revisten muchos de los caracteres del *genio*, que según dicen los pedagogos, es ineducable. En el transparente y diáfano castillo en que vivía encerrado su *yo*, observaba y comprendía el tumulto exterior; pero el medio en que se agitaba la multitud no lograba torcer el criterio de este señor feudal de su propio talento.

Fue un sér débil, alado y sacro, según define al poeta Platón; y si POMBO no terció siempre en los rudos y complicados negocios de la república, como un ciudadano de Roma, fue en Colombia un verdadero representante del alma nacional. Y no se le debe exigir á los poetas genuinos otra cosa que su profunda compenetración con el espíritu de su pueblo y de su raza. Ellos son el lujo y ornamento de las sociedades, y a ellos les toca tan sólo cantar las glorias de la patria, los desastres de sus guerreros, los triunfos de sus héroes, los sacrificios de sus santos, y hasta los más recónditos matices de los sentimientos que hacen un viviente organismo de estas unidades geográficas á quienes por su vitalidad se les asigna un lugar en la tierra.

Su lira tuvo todas las sonoridades, y en la multiforme paleta de su imaginación, campearon todos los tonos, todas las combinaciones a que pueden dar lugar las leyes fundamentales de la gama de los colores.

Como fabulista, POMBO se puso en directo contacto con los seres animados e inanimados, y hábil traductor de la naturaleza, interpretó el lenguaje de las cosas. Para ser fabulista se necesita tener ánimo de filósofo y corazón de niño, y una y otra cualidad galardearon por sin igual manera en la obra de POMBO. La fábula es ingrata, como todos los géneros literarios de transición; pero tiene la ventaja de que si no hace al fabulista objeto de ruidosas ovaciones, sus versos de endeble contextura pasan inmortalmente de boca en boca entre los niños y los sabios.

Le rindió culto a la mujer ; pero no a la manera de los modernos poetas, sino con la cabaleresca ingenuidad del Petrarca o Miguel Angel, en sus etéreos y sutiles sonetos a Victoria Colonna.

POMBO no fue un clásico según el modo de Moratín, ni un romántico a lo Espronceda ; más bien parecía un fecundo discípulo del Renacimiento en la corte no igualada de los Médicis. Hubiera nuestro poeta ostentado, si hubiera vivido en esos tiempos, el hosco y férvido tesón de los artistas deslumbrados en la corte de Julio II, y por la posesión de una nueva obra de arte se hubiera batido con valor en las galanas y floridas repúblicas de Génova o Venecia.

Lo primero que se adivina en POMBO es la *vocación* artística, es decir, la firme e inconsciente tendencia de su espíritu a buscar en el universo nó relaciones lógicas, sino estéticas ; a inquirir los elementos que dispersos constituyen la belleza, a formar un todo armónico. Y dentro de ese concepto, en el alma de POMBO cupieron toda clase de variedades y modificaciones, sin que ninguna de ellas pugnara con la unidad perfecta de su alma de poeta.

La época en que POMBO se formó, y cuyas influencias trascienden en sus escritos, no fueron otras que las cálidas y ardientes expansiones del romanticismo ; pero él, siempre el mismo, continuó viviendo la vida propia de su mente y de su fuertemente reteñida personalidad, no sin escuchar las voces que desde la Península traían los vientos del Atlántico.

Empapado POMBO como ninguno en la jugosa y sólida literatura española, fue con don José Joaquín Ortiz, don José María Vergara y don Miguel Antonio Caro, uno de los primeros que, a penas acallado el fragor de la lucha magna, proclamaron la necesidad de entrelazar nuestras banderas vencedoras con las mil veces invictas banderas de la madre patria. Soñaba en una gran liga iberoamericana en la cual, como en un solo macizo y formidable bloque, se fundieran nuestros intereses con los grandes intereses que están vin-

culados a la vigorosa raza de nuestros conquistadores ; y en el constante estudio de los clásicos castellanos del siglo de oro ascendró ese estilo original e incomparable que lo caracterizaba, el certero juicio crítico de que hizo gala y la abundante vena de su oportuno y ubérrimo vocabulario.

Y sólo es bello lo que siempre es bello,

dijo POMBO en famoso endecasílabo ; y cuando uno recorre hoy las páginas en que la generación a que él perteneció dejó impresos sus versos, no puede menos de pensar en lo efímeras que son las obras no inspiradas en el sacro y duradero modelo de la naturaleza. Los muertos incógnitos que duermen en la tumba no son más dignos de lástima que los que duermen en las hojas de los libros viejos, sin que edades futuras los recuerden.

POMBO fue, además, un poeta inconsciente, digamos ; no se conoció a sí mismo en la sólida grandeza de su individualidad. El un su *yo*, el *yo* brillante, el *yo* poeta, fue por completo desconocido del *yo* modesto de un ciudadano lleno de bondad y amor, que sólo atraído por riquísimos ideales tomó parte en los combates de la república.

El alma de POMBO era como un espejo plano, en el cual se reflejaban con toda exactitud las impresiones que él recibía de fuera. De aquí, como ya lo observamos, el admirable diapason de su lira. Y cuando quiso trazar en vastísima síntesis el único posible poema universal, a semejanza de Goethe en *Fausto*, o de Víctor Hugo en la *Leyenda de los Siglos*, una mano escondida, arrebatándole precioso manuscrito, truncó esa epopeya en que se empezaba a cantar al hombre con sus debilidades, sus dudas, sus esperanzas inmortales, su fe en la redención suprema del linaje humano.

Fue POMBO también un verdadero *educador* ; pero no educador en el sentido estrecho y restringido que se le atribuye a esta palabra. Sus *Fábulas y Verdades*, sus *Cuentos pintados* para niños, sus himnos para las escuelas, son un modelo de pura y sencilla enseñanza pedagógica ; y en

el inmenso conjunto de sus obras imperecederas se pudiera escribir tan sólo como empresa de su escudo: *Dios y patria*.

La generación presente de poetas, o mejor dicho, los poetas de última hora que han cantado en el árbol rápidamente envejecido de *la decadencia*, no comprendieron ni siquiera adivinaron a POMBO. Apenas leves rumores les llegaban de su multicorde lira; y era bastante difícil que se dieran cuenta de que la verdadera poesía había perdido con él al más ferviente sacerdote de su templo.

LUIS MARÍA MORA

DISCURSO

DEL SEÑOR DON ANTONIO GÓMEZ RESTREPO,
EN REPRESENTACIÓN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA,
ANTE EL CADÁVER DE RAFAEL POMBO

Esta fúnebre ceremonia encierra doble tristeza: al propio tiempo que confiamos a la tierra los despojos mortales de RAFAEL POMBO, ponemos la losa del sepulcro sobre una época gloriosa de que él era el último representante. Aunque voluntariamente separado del trato del mundo y casi murado en su retiro de asceta, era un consuelo saber que estaba allí; y que aún era posible estrechar la mano temblorosa que supo arrancar del arpa enjambres de imperecederas armonías. El volcán que ardió en su corazón y se derramó sobre el mundo en torrentes de lava, había entrado, tiempo hacía, en el sosiego final; pero su mente lanzaba aún, de vez en cuando, esos fugaces y vivos destellos, que son como la postrera y melancólica despedida de una luz moribunda. Ya todo acabó; ya el poeta entró en el silencio eterno; ya el rayo hirió la frente del cedro majestuoso, en cuyas ramas se posaron para aprender a cantar tantas generaciones de poetas, heraldos de la juventud!

